

¿Existe un método feminista?*

*Sandra Harding***

Traducción de Gloria Elena Bernal

Durante las dos últimas décadas las investigadoras feministas han planteado desafíos radicales a los análisis que la ciencia social hace de las mujeres, de los hombres y de la vida social en su conjunto. Sin embargo, desde el principio del proceso las discusiones orientadas a descubrir la manera de eliminar la parcialidad y las distorsiones de los estudios sociales tradicionales han mezclado y confundido problemas de método, de metodología y de epistemología.

¿Existe un método distintivo de investigación feminista? ¿Cómo es que la metodología feminista desafía –o complementa– las metodologías tradicionales? ¿Sobre qué bases se sostienen los supuestos y procedimientos de las investigadoras feministas? Este tipo de preguntas ha dado lugar al surgimiento de importantes controversias en el campo de la teoría y de la política feministas, y ha provocado curiosidad y expectativa en los discursos tradicionales.

La pregunta que con más frecuencia se formula es: ¿existe un método distintivo de investigación feminista? No obstante, ha sido difícil

* “Is There a Feminist Method?” en Sandra Harding (ed.). *Feminism and Methodology*, Bloomington/ Indianapolis, Indiana University Press, 1987.

** Filósofa, profesora de la Universidad de California en los Ángeles, E. U.

identificar con precisión el tipo de respuesta que debería darse. En este texto me propongo argumentar contra la idea de que existe un método distintivo de investigación feminista. Parto de la proposición de que las preguntas en torno al método suelen confundir los aspectos más interesantes de la investigación feminista. Creo incluso que la preocupación que subyace en la mayoría de las formulaciones del problema del método, y que se expresa por medio de ellas, es de orden diferente. Lo que interesa saber es, más bien, qué es lo que hace tan profundas e incisivas algunas de las más recientes e influyentes investigaciones de inspiración feminista en los ámbitos de la biología y de las ciencias sociales.

En primer lugar, trataré de desentrañar algunos problemas de método, metodología y epistemología implícitos en el planteamiento del problema. Posteriormente, haré una breve revisión (o introducción, dependiendo de quién lea el texto) de los problemas relacionados con la creencia de que basta con “sumar o agregar a las mujeres” a los estudios sociales para enfrentar toda la gama de críticas feministas. Por último, señalaré tres características específicas de aquellos estudios feministas que han logrado trascender los enfoques “sumatorios”. Trataré de demostrar por qué no debemos considerar que esas características son en sí mismas métodos de investigación aunque, sin duda, tengan implicaciones importantes para nuestra evaluación de los métodos de investigación.

Método, metodología, epistemología

Una de las razones por la que es difícil responder satisfactoriamente a las preguntas sobre la especificidad del método feminista es la siguiente: las discusiones sobre métodos (es decir, sobre las técnicas de recopilación de información) y sobre metodologías (esto es, sobre teoría y análisis de los procedimientos de investigación) han estado mezcladas y han incorporado, además, problemas epistemológicos (es decir, cuestiones relacionadas con la teoría del conocimiento adecuado o con estrategias de justificación del conocimiento). La confusión ocurre tanto en los discursos tradicionales como en los feministas.

La cuestión es muy compleja. Por eso tendremos que distinguir sus componentes. Sin embargo, en este caso el problema reside, simplemente, en que el término “método” suele emplearse para hacer referencia simultánea a los tres aspectos de la investigación. En consecuencia, no se esclarece qué es lo que se desea descubrir cuando se pregunta si existe o no un “método feminista de investigación” específico. Esta ausencia de claridad permite a los críticos eludir los aspectos verdaderamente distintivos de las mejores investigaciones sociales feministas. También dificulta la identificación de las tareas necesarias para impulsar la investigación feminista.

Un *método* de investigación es una técnica para recabar información (o una manera de proceder para recabarla). Es válido afirmar que todas las técnicas de recopilación de información pueden clasificarse en cualquiera de las siguientes categorías: escuchar a los informantes (o interrogarlos), observar el comportamiento, y examinar vestigios y registros históricos. En ese sentido, sólo existen tres métodos de investigación social. Como se evidencia en muchos de sus estudios, las investigadoras feministas emplean cualquiera o los tres métodos —en este sentido preciso del término—, tal y como ocurre en cualquier investigación androcéntrica tradicional.

Existen, desde luego, notables diferencias en la manera como se aplican los métodos de recolección de información. Por ejemplo, las investigadoras feministas escuchan muy atentamente lo que las mujeres informantes piensan acerca de sus propias vidas y de las de los hombres, y mantienen posiciones críticas frente a las concepciones de los científicos sociales tradicionales sobre las vidas de hombres y mujeres. Observan también algunos comportamientos de mujeres y hombres que, desde la perspectiva de los científicos sociales tradicionales, no son relevantes. En el caso de la historia, buscan patrones de organización de los datos históricos no reconocidos con anterioridad.

En todos estos casos existe algo que puede considerarse, simultáneamente, como mucho menos y mucho más que nuevos métodos de investigación. Por un lado, las tareas particulares que las investigadoras feministas realizan empleando los métodos convencionales de investigación no presentan entre sí una coherencia tal que permita calificarlas

como “nuevos métodos feministas de investigación”. Pero, por otro, es indudable que las nuevas metodologías y epistemologías exigen usos renovados de las técnicas convencionales de investigación. Cuando se habla de “método de investigación” haciendo referencia exclusiva al sentido más específico del término, se subestima la profundidad de las transformaciones que requieren los análisis feministas y se les reduce al simple descubrimiento de métodos distintivos de investigación.

El hecho de que los científicos sociales tiendan a reducir los problemas metodológicos a simples cuestiones de método (al diseñar, por ejemplo, “cursos de métodos” en psicología, sociología y disciplinas afines), constituye un problema. Cuando hablan de técnicas específicas de recopilación de información, en realidad plantean problemas metodológicos. Sin duda, es el hábito de confundir los niveles lo que inclina a los científicos sociales a atribuir la novedad de los estudios feministas a la aplicación de un método de investigación único.

Por otro lado, el hecho de que los filósofos empleen términos tales como “método científico” o “el método de la ciencia”, cuando en realidad se refieren a problemas de metodología y epistemología, es también fuente de confusiones. También ellos caen en la tentación de equiparar los rasgos novedosos de la investigación feminista con un nuevo “método de investigación”.

Una *metodología* es una teoría sobre los procedimientos que sigue o debería seguir la investigación y una manera de analizarlos. La metodología elabora proposiciones respecto de la aplicación de “la estructura general de la teoría a disciplinas científicas particulares”.¹ Así, por poner un ejemplo, las discusiones acerca de cómo debería aplicarse o se aplica el funcionalismo (o la economía política marxista o la fenomenología) en áreas particulares de investigación, son de orden metodológico.²

¹ Peter Caws. “Scientific Method” en Paul Edwards (ed.). *The Encyclopedia of Philosophy*; Nueva York, Macmillan, 1967, p. 339.

² Algunas metodólogas feministas han llegado al extremo heroico de demostrar que puede aumentar nuestra comprensión de las mujeres y de los fenómenos de

Las investigadoras feministas vienen sosteniendo que las teorías tradicionales han sido aplicadas de manera tal que hacen difícil comprender la participación de las mujeres en la vida social, así como entender que las actividades masculinas están determinadas por el género (y que no son, como suele considerárseles, representaciones de “lo humano”). Por eso han elaborado versiones feministas de las teorías tradicionales. Hoy contamos con ejemplos de metodologías feministas en discusiones acerca de la capacidad de los enfoques fenomenológicos para esclarecer los mundos de las mujeres, o de la manera como la economía política marxista puede explicar las causas de la permanente explotación de las mujeres en la unidad doméstica o por medio el trabajo asalariado.³ Estos esfuerzos, a menudo heroicos, plantean sin embargo problemas respecto de la capacidad del feminismo para aplicar esas teorías y realizar análisis completos y sin distorsiones sobre el género y las actividades de las mujeres. Y, desde luego, también plantean problemas epistemológicos.

Una *epistemología* es una teoría del conocimiento. Responde a la pregunta de quién puede ser “sujeto de conocimiento” (¿pueden serlo las mujeres?). Trata también sobre las pruebas a las que deben someterse las creencias para ser legitimadas como conocimiento (¿pero acaso se refiere sólo a las pruebas que deben aplicarse a las experiencias y observaciones masculinas?). Aborda el asunto del tipo de cosas que pueden conocerse (¿pueden considerarse como conocimiento las “verdades subjetivas?”), y muchos otros problemas similares.

Los sociólogos del conocimiento consideran que las epistemologías son estrategias diseñadas para justificar creencias. Ejemplos muy comunes de estrategias de justificación serían la apelación a la autoridad divina, a la costumbre y a la tradición, al “sentido común”, a la

género si aplicamos creativamente teorías que han sido consideradas como irremediablemente sexistas –tales como la sociobiología, por ejemplo. Véase la discusión de Donna Haraway en torno a este tema en “Animal Sociology and a Natural Economy of the Body Politic” en *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol 4, núm. 1, apartado 2, 1978.

³ Dorothy Smith, Heidi Hartmann y Nancy Hartsock nos ofrecen este tipo de discusiones metodológicas en el libro *Feminism and Methodology*, editado por mí.

observación, a la razón y a la autoridad masculina. Las feministas argumentan que las epistemologías tradicionales excluyen sistemáticamente, con o sin intención, la posibilidad de que las mujeres sean sujetos o *agentes del conocimiento*, sostienen que la voz de la ciencia es masculina y que la historia se ha escrito desde el punto de vista de los hombres (de los que pertenecen a la clase o a la raza dominantes); aducen que siempre se presupone que el sujeto de una oración sociológica tradicional es hombre. Es por eso que han propuesto teorías epistemológicas alternativas que legitiman a las mujeres como sujetos de conocimiento.⁴

Sin embargo, también estas dificultades suelen ser consideradas como problemas de método. Indudablemente, los problemas epistemológicos tienen implicaciones decisivas para la aplicación de las estructuras teóricas generales a las disciplinas particulares y para la elección de los métodos de investigación. Pero creo que referirse a esas cuestiones como problemas de método, es también una fuente de confusión.⁵

En resumen, existen importantes vínculos entre epistemologías, metodologías y métodos de investigación. Pero la reflexión acerca de los métodos de investigación no es precisamente lo que nos permite identificar los rasgos característicos de las mejores investigaciones feministas. Y, como veremos enseguida, tampoco puede encontrarse esta especificidad en los esfuerzos por “sumar o agregar a las mujeres” a los estudios tradicionales.

El problema de la “suma o agregación de las mujeres”

Si deseamos comprender cabalmente la profundidad y extensión de la transformación que requieren las ciencias sociales para entender el género y las actividades femeninas, necesitamos reconocer las limitaciones

⁴ Para una discusión más amplia de las críticas feministas a la ciencia y la epistemología véase mi trabajo *The Science Question in Feminism*, Nueva York/Ithaca, Cornell University Press, 1986, así como Jean O’Bart y Sandra Harding (eds.). *Sex and Scientific Inquiry*, Chicago, University of Chicago Press, 1987.

⁵ Sugiero que las lectoras intenten distinguir estos tres diferentes aspectos de la investigación en los estudios feministas.

de las estrategias que suelen emplearse para así rectificar el androcentrismo de los estudios tradicionales. Las investigadoras feministas intentaron primero “sumar o agregar a las mujeres” a esos análisis. Tres clases de mujeres parecían candidatas obvias a ser incorporadas al análisis: las científicas, las mujeres que participaban en la vida pública —a las que las científicas sociales ya estaban estudiando— y las mujeres que habían sido víctimas de las formas más brutales de dominación masculina.

En el primer caso, la academia ha comenzado a rescatar y a valorar el trabajo de las investigadoras y pensadoras de género femenino. Generalmente, el trabajo académico y de investigación de las mujeres ha sido ignorado, minimizado o apropiado, sin otorgarle el crédito que sí se hubiera dado al trabajo masculino. Un ejemplo notorio de esta forma de devaluación sexista en las ciencias naturales es el tratamiento que los colegas de Rosalind Franklin, ganadores del premio Nobel, dieron al trabajo de ésta sobre el DNA.⁶ ¿Cuántas otras científicas, sociales o naturales, habrán pasado desapercibidas porque, a diferencia de Franklin, no tuvieron un amigo capaz de corregir el registro de los hechos?

Sin embargo, la idea de que ésta es la única manera de eliminar el sexismo y el androcentrismo de la ciencia social, plantea serios problemas. Es evidente que no se puede comprender el género ni el papel de las mujeres en la vida social mediante el simple conocimiento del trabajo de las éstas en el campo de las ciencias sociales. A pesar de su agudeza, el trabajo de esas “mujeres perdidas” no alcanzó a incorporar los avances teóricos realizados por el feminismo durante las dos últimas décadas. Más aún, ellas podían considerarse afortunadas por el simple hecho de haber ingresado en un mundo que impedía a la mayoría de las mujeres el acceso a la educación y a los créditos necesarios para convertirse en científicas sociales. Su trabajo estuvo sometido a

⁶ Véanse al respecto los trabajos de James Watson. *The Double Helix*, Nueva York, New American Library, 1969, y de Anne Sayre. *Rosalind Franklin and DNA*, Nueva York, Norton, 1975. Carolyn Wood Sherif discute este tipo de prácticas en el campo de la psicología en el ensayo incluido en el libro del que el presente texto constituye la introducción.

enormes presiones, destinadas a forzarlas a ajustar sus investigaciones a lo que los hombres de su tiempo pensaban sobre vida social. Esas presiones son todavía hoy muy fuertes. Con frecuencia, por fortuna muchas de ellas resistieron exitosamente. Sin embargo, sus proyectos de investigación no podían haber producido el tipo de análisis profundo que es posible hacer cuando el pensamiento de hombres y mujeres forma parte de una amplia revolución social de la magnitud de la que ha provocado el movimiento de las mujeres. Lo que hoy sigue siendo asombroso es la valentía intelectual y los frecuentes destellos de genio de esas intelectuales, a pesar de los estreñimientos sociales, profesionales y políticos que tuvieron que enfrentar.⁷

Una preocupación distinta de la investigación feminista ha sido el examen de las contribuciones de las mujeres a la esfera pública, mismas que ya estaban siendo estudiadas desde antes por la ciencia social. Hoy podemos constatar que las mujeres también han sido creadoras de cultura distintiva, descarriadas, votantes y electoras, revolucionarias, reformadoras sociales, individuos con éxito, trabajadoras asalariadas y muchas otras cosas más. Importantes estudios han contribuido a desarrollar nuestra comprensión de las funciones femeninas en la vida pública, tanto en la historia como en diferentes culturas contemporáneas.

Sin embargo, este enfoque deja indemnes algunos criterios indudablemente androcéntricos y, en consecuencia, nos ofrece análisis parciales y distorsionados del género y de las actividades sociales de las mujeres. Sugiere, falsamente, que las únicas actividades que constituyen y moldean la vida social son aquéllas que los hombres han considerado importantes y dignas de estudio. Esto oculta temas de importancia tan crucial como, por ejemplo, la manera como los cambios habidos en las prácticas sociales, reproductivas y sexuales y en el ejercicio de la maternidad, han dado forma al Estado, a la economía y a las demás instituciones públicas.

⁷ En el trabajo de Margaret Rossiter. *Women Scientists in America: Struggles and Strategies to 1940*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1982, puede encontrarse información sobre los esfuerzos realizados por las científicas naturales y sociales durante el siglo diecinueve y principios del veinte.

Más aún, este énfasis de la investigación no impulsa a preguntar cuáles han sido los *significados* que para *las mujeres* han tenido las contribuciones a la vida pública. Por ejemplo, el movimiento a favor del control de la natalidad, encabezado por Margaret Sanger, desempeñó un papel importante, y desafortunado a la vez, en la política eugenésica. Pero, desde la perspectiva de las mujeres, también significó la posibilidad de planear su vida reproductiva y, en ese sentido, de controlar sistemática y efectivamente las consecuencias de sus actividades sexuales. Difícilmente podrá percibirse este último significado si el énfasis se pone solamente en las contribuciones femeninas al “mundo de los hombres”.

Para poner otro ejemplo recordemos que muchas mujeres blancas y negras trabajaron valientemente en los movimientos antiesclavistas norteamericanos, a favor del sufragio de los negros y contra los linchamientos. Pero, ¿qué significó para la vida de esas mujeres, *en tanto mujeres*, su participación en esos movimientos? (Entre otras cosas ¡que aprendieron a hablar en público y a organizarse políticamente, y que experimentaron la virulencia de la hostilidad de los hombres blancos hacia las mujeres que aprendían a hablar y a organizarse!).⁸

Una tercera orientación de la investigación sobre mujeres corresponde a su estudio en tanto víctimas de la dominación masculina. La dominación masculina asume formas diversas. Muchas investigadoras nos han proporcionado estudios innovadores sobre los crímenes que se cometen “contra las mujeres” —particularmente sobre la violación, el incesto, la pornografía y la violencia física en el hogar. Han examinado los patrones más extendidos e institucionalizados de explotación económica y discriminación política de las mujeres. Y también han analizado las formas de dominación de los hombres blancos, mismas que han tenido como víctimas especiales a las mujeres de color —a través de la esclavitud, de las políticas estatales sobre reproducción y

⁸ Bettina Aptheker. *Women's Legacy: Essays on Race, Sex and Class in American History*, Amherst, University of Massachusetts Press, 1982; y Angela Davis. *Women, Race and Class*, Nueva York, Random House, 1983.

seguridad social, de la legislación “proteccionista”, de las prácticas sindicales y de otros mecanismos.⁹

El surgimiento a la luz pública de este feo lado oculto de la condición de las mujeres, ha impedido que los pensadores honestos puedan seguir creyendo en un supuesto progreso social generalizado, tanto en nuestra cultura como en la mayoría de las demás. Si se toman en cuenta las estadísticas sobre violencia contra las mujeres, resulta razonable situar a la mayoría de las culturas contemporáneas entre las más salvajes de todos los tiempos.

Pero los estudios sobre la violencia y sus víctimas también tienen limitaciones. Tienden a crear la falsa impresión de que las mujeres se han limitado a ser víctimas, de que nunca han protestado con éxito, de que no pueden ser agentes sociales eficaces a favor de sí mismas o de otros. Y, sin embargo, el trabajo de otras académicas e investigadoras feministas nos dice lo contrario. Las mujeres han opuesto resistencia permanente a la dominación masculina.

Hasta aquí he señalado los problemas inherentes a tres enfoques básicos del estudio de las mujeres y del género que parecían ser muy prometedores. Y aunque por sí mismos sean valiosos, la nueva investigación feminista incluye estudios de esos “tipos de mujeres”, pero logra trascender las pretensiones de los enfoques mencionados.¹⁰ Examinemos ahora lo que caracteriza a los mejores ejemplos de este nuevo tipo de investigación, puesto que esas características pueden ofrecernos criterios más adecuados que el de los métodos de investigación para identificar lo que confiere especificidad a los estudios feministas.

⁹ Es preciso decir que las mujeres blancas, también, han participado de múltiples maneras en la opresión de las mujeres de color.

¹⁰ Peggy McIntosh hace un juicio muy interesante y mucho más severo que el mío sobre los enfoques “sumatorios” en la investigación feminista en su ensayo “Interactive Phases of Curricular Revision: A Feminist Perspective”, documento de trabajo numero 124, Wellesley, Mass., Wellesley College Center for Research on Women, 1983.

¿Qué hay de nuevo en la investigación feminista?

Lancemos a la historia de la investigación feminista la clase de pregunta que Thomas Kuhn formuló a la historia de la ciencia.¹¹ Este autor se preguntaba qué sentido podía tener una filosofía de la ciencia que no se sustentara en las evidencias provenientes de la historia de la ciencia misma. Nosotras podemos preguntar a nuestra vez qué sentido tendría una teoría de la especificidad de la investigación feminista que no tomara en cuenta los criterios que aportan los mejores ejemplos de esa investigación. Algunas propuestas para la elaboración de un método feminista han tenido esta desafortunada limitación. Pero si, en cambio, hacemos la pregunta, podremos identificar los rasgos que distinguen a los mejores estudios feministas.

Sostengo que existen tres características distintivas fundamentales, pero en modo alguno afirmo que esta lista sea exhaustiva. Podemos reconocer estos rasgos sólo después que se han producido estudios que los contienen y que han demostrado su pertinencia. A medida que se siga haciendo investigación, seguramente iremos identificando otras características que nos permitan acrecentar nuestra comprensión de lo que hace que los estudios feministas sean tan influyentes. Sin duda, también podremos examinar nuestra percepción de la importancia que tienen las tres características que señalo aquí. No pretendo ofrecer una respuesta definitiva a la pregunta que encabeza esta sección, sino demostrar que el enfoque histórico es la mejor estrategia para dar cuenta de la especificidad y peso de la investigación feminista. Y, aunque estas características tienen consecuencias para la selección de los métodos de investigación, no existe razón alguna para llamarlas “métodos”.

Nuevos recursos empíricos y teóricos: las experiencias de las mujeres

Las críticas a la ciencia social tradicional señalan que ésta, para su análisis, parte de las experiencias de los hombres. Es decir, formula únicamente preguntas sobre la vida social que plantean problemas desde

¹¹ Thomas S. Kuhn. *The Structure of Scientific Revolutions*, 2a. edición, Chicago, University of Chicago Press, 1970. Existe traducción al español: *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Breviarios del Fondo de Cultura Económica, núm. 213, s/f.

la perspectiva de las experiencias sociales de los hombres (por supuesto, de los blancos, occidentales y burgueses). Inconscientemente, la ciencia social tradicional ha seguido una “lógica del descubrimiento” que podríamos resumir así: háganse solamente aquellas preguntas acerca de la naturaleza y de la vida social que los hombres (blancos, occidentales, burgueses) desean que se respondan. Desde esta perspectiva, son válidas preguntas como las siguientes: ¿Cómo podemos “nosotros, los humanos”, conseguir mayor autonomía? ¿Qué política legal debe seguirse frente a los violadores y a las mujeres violadas, dejando al mismo tiempo intactas las normas establecidas del comportamiento sexual masculino?¹²

Por un lado, muchos de los fenómenos que resultan problemáticos desde la perspectiva masculina no lo son en absoluto desde la perspectiva de las experiencias de las mujeres (así tenemos, por ejemplo, que las dos cuestiones planteadas más arriba no surgen necesariamente de las experiencias femeninas). Por el otro lado, las mujeres experimentan muchos fenómenos que desde su perspectiva requieren sin duda de explicación. ¿Por qué les desagrada tanto a los hombres el cuidado de los niños y el trabajo doméstico? ¿Por qué la ampliación de las oportunidades de vida para las mujeres tiende a restringirse precisamente a los momentos que la historia tradicional señala como los de mayor progreso? ¿Por qué resulta tan difícil identificar los ideales de feminidad de las mujeres negras en los estudios sobre las familias de color? ¿Por qué es la sexualidad masculina tan “impulsiva” y por qué se le define en términos de ejercicio del poder? ¿Por qué se considera que arriesgarse a morir representa un acto específicamente humano y que, por el contrario, dar a luz es simplemente un hecho natural?¹³ Si pensamos en la manera como se convierten los fenómenos sociales en problemas que requieren explicación, veremos de inmediato que no existe problema alguno si no hay una persona (o grupo de personas) que lo defina

¹² Los problemas implícitos en la formulación de estos “problemas masculinos” son objeto de análisis en algunos ensayos incluidos en *Feminism and Methodology*.

¹³ Estos “problemas femeninos” dan pie a muchos de los ensayos del volumen *Feminism and Methodology*.

como tal y lo padezca: un problema es siempre problema *para* alguien. El reconocimiento de este hecho, así como de sus implicaciones para la estructuración de la empresa científica, enfrenta de muchas maneras a los enfoques feministas de investigación con los planteamientos tradicionales.

La filosofía tradicional de la ciencia sostiene que el origen de los problemas e hipótesis científicas carece de relevancia en relación a la “calidad” de los resultados de la investigación. No importa cuál sea la procedencia de los problemas o hipótesis —la observación de bolas de cristal, la adoración del sol, la percepción del mundo que nos rodea, o la discusión crítica con los pensadores más brillantes. No existe lógica alguna para definir los “contextos del descubrimiento”, aunque muchos hayan tratado de encontrarla. Es en el “contexto de la justificación”, ahí donde se prueban las hipótesis, donde debemos buscar la “lógica de la investigación científica”. Debemos descubrir las virtudes distintivas de la ciencia (su “método”) en este proceso de prueba y no en otro.

Sin embargo, los desafíos del feminismo revelan que las preguntas que se formulan —y, sobre todo, las que nunca se formulan— determinan a tal punto la pertinencia y precisión de nuestra imagen global de los hechos como cualquiera de las respuestas que podamos encontrar. Definir los problemas que requieren explicación científica exclusivamente desde la perspectiva de los hombres burgueses y blancos conduce a visiones parciales y hasta perversas de la vida social. Un rasgo distintivo de la investigación feminista es que define su problemática desde la perspectiva de las experiencias femeninas y que, también, emplea estas experiencias como un indicador significativo de la “realidad” contra la cual se deben contrastar las hipótesis.

Reconocer la importancia de las experiencias femeninas como recurso para el análisis social tiene implicaciones evidentes para la estructuración de las instituciones sociales, de la educación, de los laboratorios, las publicaciones, la difusión cultural y el establecimiento de agencias de servicio; en suma, para la estructuración de la vida social en su totalidad. Por ello, debe enfatizarse que son las *mujeres* quienes deben revelar *por vez primera* cuáles son y han sido las experiencias femeninas.

Por razones de justicia social, las mujeres deberían tener la misma participación que los hombres en el diseño y la administración de las instituciones que producen y distribuyen el conocimiento: no es justo negar a las mujeres el acceso a los beneficios de la participación en estas empresas. Pero también deberían participar en estos proyectos porque la comprensión parcial y distorsionada de nosotros mismos y del mundo que nos rodea se produce justamente en la cultura que silencia y devalúa sistemáticamente la voz de las mujeres.

Hay que subrayar que “las experiencias de las mujeres”, *en plural*, ofrecen los nuevos recursos con los que cuenta la investigación. Esta formulación indica que los mejores estudios feministas difieren de los tradicionales de muy diversas maneras. No es casualidad que una vez admitido que no existe el *hombre* universal sino sólo hombres y mujeres culturalmente diferentes, la eterna compañera del “hombre” –la “mujer”– también haya desaparecido. Es decir, las mujeres se nos presentan sólo en clases, razas y culturas diferentes: no existe “la mujer” universal, como tampoco “la experiencia de la mujer”. Lo masculino y lo femenino son siempre categorías que se producen y aplican dentro de una clase, una raza y una cultura particulares, en el sentido de que las experiencias, deseos e intereses de mujeres y de hombres difieren en cada clase, raza y cultura. Pero, de la misma manera, clase, raza y cultura son siempre categorías dentro del género, puesto que las experiencias, deseos e intereses de mujeres y hombres difieren precisamente de acuerdo con su clase, raza y cultura.¹⁴ Este hecho ha llevado a diversas teóricas a proponer que deberíamos hablar sobre nuestros “feminismos” sólo en plural, puesto que no existe ningún cuerpo único de principios o ideas feministas más allá de los muy generales a los cuales se adhieren las feministas de toda raza, clase y cultura. ¿Por qué deberíamos esperar que no fuera así? ¿Son muy pocos los principios e ideas a los cuales se acogen los sexistas de cualquier raza, clase y cultura!

Pero nuestras experiencias genéricas no sólo varían de acuerdo con las categorías culturales, con frecuencia también están en conflicto

¹⁴ Los ensayos de Joyce A. Ladner y Bonnie Thornton Dill, que se incluyen en *Feminism and Methodology*, argumentan esta afirmación con gran claridad.

dentro de la experiencia individual de cada persona. Mis experiencias como madre y como académica suelen ser contradictorias. Las científicas suelen hablar sobre las contradicciones en su identidad entre lo que experimentan como mujeres y como científicas. Dorothy Smith ha escrito sobre la “línea de ruptura” entre la experiencia de las sociólogas en tanto sociólogas y en tanto mujeres.¹⁵ El estado de separación de muchas de las características de la identidad conscientemente asumidas –feminista-negra, feminista-socialista, feminista-asiático-americana, feminista-lesbiana– refleja el desafío a la “política de la identidad” que siempre ha estado presente en el pensamiento y la vida pública occidentales. Estas identidades fragmentadas constituyen una rica fuente de recursos para el pensamiento feminista.

Por último, debe decirse que las preguntas que un grupo oprimido desea que se respondan rara vez constituyen demandas de lo que se conoce como la verdad pura. Más bien son interrogantes acerca de las posibilidades para modificar sus condiciones; son también preguntas acerca de cómo es moldeada su situación por fuerzas que la rebasan, acerca de la forma de superar, vencer o neutralizar esas fuerzas que conspiran contra su emancipación, crecimiento o desarrollo, y acerca de los temas relacionados con todo ello. En consecuencia, los proyectos feministas de investigación no se originan en ninguna clase de “experiencias femeninas” obsoletas sino, principalmente, en las experiencias de las mujeres en la lucha política. (Kate Millett y otras autoras nos recuerdan que la habitación y la cocina son sitios de lucha política en la misma medida en la que pueden serlo el tribunal o la casilla de votación).¹⁶ Es posible que sólo por medio de tales luchas sea como puede una llegar a entenderse a sí misma y al mundo social.

Nuevos propósitos para la ciencia social: estar a favor de las mujeres

Si la investigación parte de lo que aparece como problemático desde la perspectiva de las experiencias de las mujeres, la consecuencia es que la investigación tiende a diseñarse *a favor* de las mujeres, tal y como lo

¹⁵ Véase el ensayo de Smith en el volumen *Feminism and Methodology*.

¹⁶ Kate Millett. *Sexual Politics*, Nueva York, Doubleday & Co., 1969. Existe traducción al español de la Editorial Aguilar, México, bajo el título de *Política sexual*.

han señalado numerosas investigadoras. En otras palabras, los objetivos de una investigación de tal naturaleza consisten en ofrecer a las mujeres las explicaciones de los fenómenos sociales que ellas quieren y necesitan, y no en aportar respuestas a los problemas que se plantean los departamentos de bienestar social, los productores, los publicistas, los psiquiatras, los establecimientos de atención médica o el sistema judicial.

Las preguntas acerca de las mujeres que los hombres han deseado que se respondan han surgido con mayor frecuencia de los deseos de apaciguarlas, controlarlas, explotarlas o manipularlas. La investigación social tradicional ha estado *a favor de los hombres*. En los mejores estudios feministas, los propósitos de la investigación y del análisis son inseparables de los orígenes de los problemas de investigación.

Nuevo objeto de investigación: situar a la investigadora en el mismo plano crítico que el objeto explícito de estudio

Existen muchas maneras para caracterizar el objeto de estudio distintivo del análisis social feminista. Si el estudio de las mujeres no es nuevo, sí lo es su estudio desde la perspectiva de sus propias experiencias, de modo que puedan entenderse a sí mismas y al mundo. Este enfoque no tiene todavía historia. También es muy reciente el estudio del género. La idea de que la construcción social sistemática de la masculinidad y de la feminidad está constreñida en muy escasa o nula medida por la biología es aún muy reciente. Más aún, la investigación feminista se une a otros enfoques considerados “inferiores” insistiendo en la importancia de estudiarnos a nosotras mismas y de “estudiar de abajo hacia arriba”, y no “de arriba hacia abajo”. Mientras los patrones suelen contratar investigaciones para descubrir la manera de contentar a los trabajadores con menos poder y salario, los trabajadores casi nunca han estado en situación de asumir o contratar estudios acerca de nada, y mucho menos sobre cómo contentar a los patrones con menos poder y ganancia. De manera similar, los psiquiatras han realizado estudios interminables sobre las que consideran las peculiares características mentales y conductuales de las mujeres, pero las mujeres no habían comenzado a estudiar sino hasta hace muy poco tiempo las extrañas

características mentales y conductuales de los psiquiatras. Si deseamos entender las diversas maneras en las que ocurre nuestra experiencia cotidiana, tiene sentido examinar críticamente las fuentes del poder social.

Los mejores estudios feministas trascienden estas innovaciones en la definición del objeto de estudio de una manera definitiva: insisten en que la investigadora o el investigador se coloque en el mismo plano crítico que el objeto explícito de estudio, recuperando de esta manera el proceso entero de investigación para analizarlo junto con los resultados de la misma. En otras palabras, la clase, la raza, la cultura, las presuposiciones en torno al género, las creencias y los comportamientos de la investigadora, o del investigador mismo, deben ser colocados dentro del marco de la pintura que ella o él desean pintar. Esto no significa que la primera parte de un informe de investigación deba dedicarse al examen de conciencia (aunque tampoco esté del todo mal que de vez en cuando los investigadores hagan examen de conciencia). Significa más bien, como veremos, explicitar el género, la raza, la clase y los rasgos culturales del investigador y, si es posible, la manera como ella o él sospechan que todo eso haya influido en el proyecto de investigación —aunque, desde luego, los lectores sean libres de llegar a hipótesis contrarias respecto de la influencia del investigador o investigadora en su análisis. Así, la investigadora o el investigador se nos presentan no como la voz invisible y anónima de la autoridad, sino como la de un individuo real, histórico, con deseos e intereses particulares y específicos.

Este requerimiento no es un esfuerzo ingenuo de “portarse bien” de acuerdo con los estándares supuestos de críticos imaginarios de clases, razas, culturas (o género) diferentes de los de la investigadora o investigador. Es, más bien, una respuesta al reconocimiento de que las creencias y comportamientos culturales de las investigadoras feministas moldean los resultados de sus análisis tanto como lo hacen los de los investigadores sexistas y androcéntricos. Debemos evitar la posición “objetivista” que pretende ocultar las creencias y prácticas culturales del investigador, mientras manipula las creencias y prácticas del objeto de investigación para poder exponerlo. Sólo de esta manera

podremos contribuir con estudios y explicaciones libres (o, cuando menos, más libres) de distorsiones originadas en las creencias y comportamientos no analizados de los propios científicos sociales. Otra manera de expresar esta aseveración consiste en subrayar que las creencias y comportamientos del investigador forman parte de la evidencia empírica a favor (o en contra) de los argumentos que sustentan las conclusiones de la investigación. Y *esta* evidencia tiene que ser expuesta al análisis crítico tanto como debe serlo el conjunto de datos que suele definirse como evidencia relevante. La introducción de este elemento “subjetivo” al análisis incrementa de hecho la objetividad de la investigación, al tiempo que disminuye el “objetivismo” que tiende a ocultar este tipo de evidencia al público. Esta forma de relación entre el investigador y el objeto de investigación suele denominarse como la “reflexividad de la ciencia social”. Yo me refiero a ella en este texto como un nuevo objeto de investigación con el fin de subrayar la fuerza inédita (inusual) de esta recomendación en torno a la reflexividad (*reflexivity recommendation*). El lector deseará preguntar si esta poderosa recomendación en torno a la reflexividad puede encontrarse en los análisis feministas y de qué manera aparece. O bien ¿cómo orienta implícitamente la investigación? ¿cómo podría haber influido en mayor medida en esos proyectos de investigación?

Para resumir mi argumento indicaré que son rasgos de los tres tipos que he mencionado –y no un supuesto “método feminista”– los que resultan responsables de la producción de los mejores trabajos feministas académicos y de investigación. Pueden definirse como rasgos metodológicos, puesto que nos muestran cómo aplicar la estructura general de la teoría científica a la investigación sobre las mujeres y sobre el género. También pueden concebirse como características epistemológicas porque implican teorías del conocimiento diferentes de las tradicionales.

Lo que resulta evidente es que el extraordinario poder explicativo de los resultados de la investigación feminista en las ciencias sociales se debe a los desafíos de inspiración feminista, que se han planteado contra las grandes teorías y los supuestos fundamentales de la investigación social tradicional.

Dos últimas cuestiones

Antes de concluir quiero prevenir a los lectores contra dos inferencias que uno podría verse tentado a hacer a partir de mi análisis. A veces se supone, erróneamente, que al emplear las experiencias femeninas y no las masculinas como recurso empírico y teórico el feminismo se adhiere a un cierto tipo de relativismo. También suele imaginarse, erróneamente, que los hombres no pueden hacer contribuciones importantes a la investigación y a los estudios feministas. Ambos supuestos están relacionados entre sí.

En primer lugar, debemos notar que en el presente texto las experiencias de las mujeres y de los hombres no se consideran como guías igualmente confiables para la producción de una investigación social completa y sin distorsiones. Las investigadoras feministas no afirman nunca que son igualmente plausibles las afirmaciones sexistas y las antixistas —por ejemplo, no afirmarían jamás que es igualmente aceptable considerar que las mujeres son incapaces de hacer los más altos juicios morales (según han afirmado los hombres) y considerar que pueden ejercer un juicio moral diferente pero tan “alto” como el de los hombres (como sostiene Carol Gilligan). El lector puede identificar muchas otras afirmaciones directamente contradictorias en los textos sobre los desafíos que plantea el feminismo a los análisis sociales tradicionales. Las investigadoras feministas sostienen que las experiencias sociales características de las mujeres y de los hombres ofrecen bases diferentes pero no iguales para la elaboración del conocimiento confiable (reconstruir). En otro texto examino las bases contrastantes que proponen varias epistemologías feministas para afirmar por qué todos nosotros —los hombres tanto como las mujeres— deberíamos preferir las experiencias femeninas, más que las masculinas, como bases más confiables para la elaboración del conocimiento. En este texto sólo puedo limitarme a relativizar el relativismo; es decir, sólo puedo señalar la limitación de los contextos sociales en los que aparece como una posición razonable.

Históricamente el relativismo aparece como una posibilidad intelectual y como un “problema” sólo desde la perspectiva de los grupos dominantes y cuando la hegemonía (la universalidad) de sus puntos de

vista está siendo desafiada. En tanto posición intelectual moderna el relativismo surgió en el contexto del reconocimiento tardío, por parte de los europeos del siglo diecinueve, de que las creencias y comportamientos aparentemente extraños de los no europeos tenía una racionalidad o lógica propia. Existía la posibilidad de que las más caras creencias occidentales no fuesen las únicas razonables.¹⁷ El punto es, en este caso, que el relativismo no es un problema que se origine en las experiencias femeninas ni en las agendas feministas, ni qué es y qué no es justificable en esos términos. Es, fundamentalmente, una respuesta sexista que intenta preservar la legitimidad de las afirmaciones androcéntricas frente a las evidencias en contrario. “Es posible”, argumentan los relativistas, “que los puntos de vista masculinos no sean los *únicos* legítimos. Las mujeres tienen sus opiniones al respecto y los hombres las suyas. ¿Quién puede afirmar objetivamente que una sea mejor que la otra?” Las epistemologías feministas repudian de manera intransigente esta manera de conceptualizar las perspectivas feministas. Espero que el lector pueda ya vislumbrar las razones por las que deberíamos considerar con escepticismo las demandas de que la investigación social feminista se fundamente en bases relativistas.

La segunda inferencia errónea que podríamos vernos tentados a hacer es la de que los hombres no pueden hacer contribuciones importantes a la investigación y a la academia feminista. Si los problemas que enfrenta la investigación feminista deben surgir de las experiencias femeninas, si la ciencia social feminista debe estar a favor de las mujeres, y si el investigador debe estar en el mismo plano crítico que el objeto de investigación (que suele tratar sobre las mujeres y el género), ¿cómo podrían hacer los hombres ciencia social feminista? Esta irritante pregunta ha obtenido atención creciente en la medida que se

¹⁷ Existen situaciones en las que el relativismo podría ser una posición epistemológica razonable: cuando dos perspectivas *igualmente incisivas* y *no competitivas* producen visiones diferentes. Por ejemplo, un artista y un geólogo podrían tener bases diferentes e igualmente válidas para sustentar sus afirmaciones sobre un grupo particular de montañas. Pero, justamente porque no son posiciones opuestas ni en competencia, el problema nunca se plantea: nadie puede imaginar que un geólogo tenga razón alguna para contradecir a un artista, ni viceversa.

incrementa el número de hombres que están enseñando en programas de estudios de la mujer y produciendo estudios en torno a las mujeres y al género.

Por un lado, hay contribuciones de importancia fundamental para la historia del pensamiento feminista que han sido hechas por hombres. John Stuart Mill, Karl Marx y Federico Engels son sólo algunos de los más sobresalientes de esos pensadores. Sin duda, sus textos son controvertibles y, en el mejor de los casos, imperfectos. Pero también lo son los textos de las pensadoras más penetrantes de esos periodos o, para el caso, de las de nuestros días. Más aún, siempre han existido mujeres dispuestas y capaces de producir pensamiento sexista y misógino —dos de las más recientes entre ellas son Marabel Morgan y Phyllis Schlafly. Es evidente que ni la habilidad ni la disposición de contribuir con el pensamiento feminista son rasgos asociados con el sexo.

Por lo demás, muchas contribuciones significativas a los movimientos de emancipación de *otros* han sido hechas por pensadores que no eran miembros del grupo que buscaba la emancipación. Ni Marx ni Engels eran miembros del proletariado. Hay personas de raza blanca en los Estados Unidos, así como en Sudáfrica y en otros regímenes racistas, que han estado dispuestas y han sido capaces de pensar en términos antirracistas —y que, por cierto, han sido linchadas, deportadas y proscritas por sus textos antirracistas. Muchos gentiles en Europa y Estados Unidos han defendido las libertades a las que tienen derecho los judíos y han sufrido por ello. De modo que sería una excentricidad histórica la exclusión de facto de todos los miembros del “grupo opresor” de la lista de quienes contribuyen a la emancipación de las mujeres.

Por otro lado, es cierto que las mujeres, así como los miembros de estos otros grupos explotados, tienen la sabiduría para analizar con espíritu crítico la producción de los miembros del grupo opresor. ¿Se emplean las experiencias de las mujeres como la prueba de la pertinencia de los problemas, conceptos, hipótesis, diseño de investigación, recolección e interpretación de los datos? (¿Debe ser la experiencia de la investigadora o del investigador idéntica a la de la “experiencia femenina” de la cual surge la problemática feminista?) ¿Está el proyecto

de investigación *a favor* de las mujeres, o lo está a favor de los hombres y de las instituciones controladas por ellos? ¿Se coloca la investigadora o investigador, o la teórica o teórico, en el mismo plano crítico de la clase, raza, cultura o sensibilidad al género que sus sujetos de estudio?

Una vez que formulamos estas preguntas podemos observar que hay muchos proyectos de investigación adecuados para ser realizados por hombres que simpatizan con el feminismo. Estas preguntas permiten examinar críticamente las dimensiones genéricas del pensamiento y del comportamiento de los hombres determinados histórica y culturalmente —a lo que se refiere la crítica literaria cuando habla de la “crítica fálica”. El lector puede examinar por sí mismo(a) en qué medida el proyecto satisface los requerimientos de los estudios feministas más exitosos ya señalados arriba. (Nótese que el requerimiento de “estudiar de abajo hacia arriba” orientará estos proyectos hacia las creencias y comportamientos de los hombres de la misma clases social del investigador, o de una superior; ni los hombres ni las mujeres deberían “culpar” a las personas de una clase, que *no* son responsables de diseñar y sustentar nuestras instituciones sociales, por los pecados de esas instituciones). Más aún, existen algunas zonas de comportamiento y pensamiento masculino que son más accesibles y fáciles de captar para los investigadores que para las investigadoras: en particular, los sitios reservados para los hombres, de los cuales las mujeres son excluidas sistemáticamente, tales como los tribunales, los cuarteles y oficinas militares y los vestidores (*locker rooms*). Hay también casos en los que los investigadores pueden aplicar una perspectiva feminista sobre ciertos aspectos de algunas relaciones, los que sería valioso contrastar con la perspectiva que aplicarían las mujeres. Estoy pensando, por ejemplo, en la “crítica fálica” que los hombres pueden hacer de las amistades entre hombres, o de las relaciones entre padres e hijos o entre amantes varones. ¿En qué medida son satisfactorias o no para sus protagonistas? ¿Cómo difieren de las características de las amistades y relaciones semejantes que se dan entre mujeres?¹⁸

¹⁸ Un estudio de este tipo está en el capítulo sobre amistades masculinas titulado “Man to Man”, aparecido en el libro de Michael E. McGill. *The McGill*

Además de los beneficios académicos o científicos que podrían derivarse de este tipo de estudios, esta investigación autocrítica por parte de los hombres hace una suerte de contribución política a la emancipación de las mujeres que las investigaciones realizadas *por mujeres* no podrían hacer. Del mismo modo que los hombres blancos valientes pueden poner el ejemplo a otros blancos y pueden aprovechar con propósitos antirracistas el gran poder institucional que el racismo confiere hasta al más antirracista de los blancos, los hombres pueden hacer una importante contribución, si bien diferente, a la emancipación de las mujeres. Si los hombres son formados por las instituciones sexistas para valorar la autoridad masculina como de mayor rango, entonces algunos hombres valientes pueden aprovechar ese mal y emplear su autoridad masculina para resocializar (reeducar) a los hombres.

Hay dos argumentos más que exponer a favor de la posibilidad de que haya científicos sociales, varones, feministas. Me parece que las feministas deberían rechazar tanto la crítica a los varones académicos e investigadores, por ignorar a las mujeres y al género, como la insistencia de que ellos son incapaces de realizar investigaciones que satisfagan los requerimientos feministas. Más aún, puesto que las feministas suelen insistir (correctamente, en mi opinión) en que *todo* tema es tema del feminismo, resultaría extraño y cuando menos un error de estrategia adoptar una política que recomiende que sólo las mujeres hagan ciencia social.¹⁹

Queda claro sin embargo que, trátase de mujeres u hombres, quienes no luchan activamente contra la explotación de las mujeres en la vida cotidiana, difícilmente producirán investigaciones sociales acerca

Report on Male Intimacy, Nueva York, Harper & Row, 1986. Gerald Turkel llamó mi atención sobre ese texto.

¹⁹ “Y entonces, después de este apasionado argumento ¿por qué no hay algún artículo escrito por un hombre en el volumen del que el presente texto constituye la introducción?”, podríamos preguntar. Había dos ensayos escritos por hombres en la lista original. Ambos fueron descartados junto con los artículos de una antropóloga, una lingüista, una sociobióloga feminista, varias mujeres de color —no negras—, una demógrafa, una socióloga fenomenológica, una historiadora de la colonia, una estadística de psicología y otros más. Los ensayos se seleccionaron en relación con una lista establecida de criterios.

de ningún tema que no esté distorsionado por el sexismo y el androcentrismo. Como dice Nancy Hartsock “la perspectiva asequible para el grupo oprimido debe ser bandera de lucha. Representa, además, un logro que exige que la ciencia vea por debajo de la superficie de las relaciones sociales en las que todos son forzados a participar, y requiere de la educación que sólo puede surgir de la lucha por transformar tales relaciones”.

A pesar de estos argumentos en contra, es fácil de entender por qué muchas feministas asumen una actitud escéptica frente a los argumentos del hombre que quiere convencer de que está haciendo investigación feminista o aportando información adecuada sobre el género o sobre las actividades femeninas. Desde luego, es importante disuadir a los hombres de pensar que pueden hacerse cargo de la investigación feminista del mismo modo como asumen todo lo que se torna importante en el mundo público —y citando sólo a otros investigadores varones—, lo mismo que haciendo poco por aliviar la explotación de sus colegas mujeres o de las mujeres que comparten sus vidas, cuyo trabajo hace que brille su eminencia.

Lo que yo afirmo es que la designación de “feminista” puede aplicarse a los hombres que satisfacen cualquiera de las normas a las que las mujeres deben ajustarse para obtener dicho calificativo. Para incrementar al máximo nuestra comprensión de los fenómenos, la investigación debe satisfacer los tres criterios que se discuten en este texto. El problema en este caso no consiste en el derecho a reclamar un calificativo, sino en satisfacer los requisitos necesarios para producir descripciones, explicaciones y visiones de los fenómenos que sean menos parciales y estén menos distorsionadas.

Es tiempo ya de examinar las causas de la producción de algunos de los estudios sociales feministas más valorados en la actualidad.

Epílogo***

Cuando escribí este ensayo, hace más de una década, estaba pensando en la teoría del punto de vista feminista que yo había ayudado a articular

*** La traducción de este epílogo es de la compiladora.

sólo como una epistemología —una teoría del conocimiento— no como un método para hacer investigación. Sin embargo, esta teoría ha sido valiosamente interpretada como un método de investigación en el sentido de que responde a la pregunta de cómo las feministas deben llevar a cabo la investigación. Esta teoría dice: empieza por la vida de las mujeres para identificar en qué condiciones, dentro de las relaciones naturales y/o sociales, se necesita investigación y qué es lo que puede ser útil (para las mujeres) que se interroge de esas situaciones.

Este procedimiento (¿método?) contrasta con la forma usual que da origen a los proyectos de investigación en las ciencias sociales o naturales, con los problemas que plantean las disciplinas, las corporaciones, los gobiernos, las agencias de ayuda internacional y otras instituciones de cuyos diseños las mujeres han sido, en su mayoría, excluidas. Esos nuevos “métodos” feministas han generado preguntas sobre, por ejemplo, la doble jornada de trabajo de las mujeres, la contribución del trabajo doméstico a la economía, la violencia sexual o las formas de organización política que prefieren las mujeres. Las respuestas a estos interrogantes usualmente no pueden ser encontradas al inspeccionar la vida de las mujeres, ya que la vida de éstas se organiza lejos de las formas en que las disciplinas recogen y organizan la información, y de las políticas gubernamentales, de las corporaciones o de otras instituciones.

Sin embargo, “al empezar por la vida de las mujeres” para identificar y formular las preguntas para la investigación se han creado, dentro de la investigación feminista en ciencias sociales y naturales, patrones de conocimiento distintos. Así, aunque esta vía para producir conocimiento no es normalmente lo que la gente que piensa en “métodos” de investigación tiene en mente, sería, sin embargo, razonable sostener que existe un método de investigación feminista distinto; esto es, que hay un “método” específico producido por los feminismos.

(Para textos sobre la teoría clásica del punto de vista feminista ver Patricia Hill Collins. *Black Feminist Thought: Knowledge Consciousness and the Politics of Empowerment*, Nueva York, Routledge, 1991. Nancy Hartsock. “The Feminist Standpoint: Developing the Ground for Specifically Feminist Historical Materialism” en S. Harding y M. Hintikka (eds.).

Discovering Reality: Feminist Perspectives on Epistemology, Metaphysics, Methodology, and Philosophy of Science, Dordrecht, Reidel/Kluwer, 1983. Dorothy Smith. *The Everyday World as Problematic: A Sociology for Women*, Boston, Northeastern University Press, 1987 y *The Conceptual Practice of Power: A Feminist Sociology of Knowledge*, Boston, Northeastern University Press, 1990. Ver también debates sobre el punto de vista feminista en mi *The Science Question in Feminism*, Ithaca, Cornell University Press, 1986 y *Whose Science? Whose Knowledge? Thinking From Women's Lives*, Ithaca, Cornell University Press, 1991).

Febrero de 1998.